

PRÓLOGO

Goodbye, California

MADISON



Julio de 2017

Mis amigos y yo estábamos intentando dar caza al gato de la señora Davis. Bigotitos corría como el viento mientras nosotros lo perseguíamos en una misión supersecreta.

Lo habíamos secuestrado para poder comprarnos una tabla de surf entre todos con el dinero de su rescate. Era el nuevo objetivo que teníamos, pero nuestros padres se habían puesto de acuerdo y nos lo habían prohibido. Decían que aún éramos demasiado pequeños para eso, que ya llegaría el momento, así que decidimos tomar cartas en el asunto.

Aston y yo íbamos delante mientras Liam y Ari nos seguían en la retaguardia, con el transportín a cuestas. El caso era que el escurridizo gato se había escapado y ahora temíamos que se perdiera y no poder cobrar la recompensa.

—Tú ve por la derecha —me ordenó Aston—. Yo iré por la izquierda y lo atraparemos antes de que salte.

—¿Quién te ha nombrado jefe del grupo? —me quejé.

No sabía ni por qué había venido, ya que a él no lo incluía dentro del concepto de «amigo». Creía que podía mandarnos lo que quisiera y que lo obedeceríamos sin rechistar solo por tener unos meses más que nosotros.

—¿Tienes una idea mejor, mocosa?

Puse los ojos en blanco. Ya volvería a discutir con él ese sobrenombre por el que me llamaba desde que tenía uso de razón.

Casi era tan alta como él y mucho más lista, pero en ese momento no había tiempo para hablar de cosas que todo el mundo sabía menos él.

—¡Liam! ¡Ari! —los llamé para que se acercaran con el transportín que llevaban auestas entre los dos, lo que no era raro, ya que solían hacerlo siempre todo juntos.

Cuando me giré, los encontré cuchicheando.

—¿Se puede saber qué hacéis? ¡Bigotitos se va a escapar!

Acabábamos de llegar al muelle, sorteando a toda la gente que había por allí, y el pobre gato se había parado en el borde del final del camino, sopesando si era mejor tirarse al agua y ver lo que le deparaba la suerte o dejarse atrapar.

No me extrañaba. Si yo supiera que una panda de locos me seguía para encerrarme en una jaula, también me lo pensaría dos veces.

—¡Si es que sois unos críos! —exclamó Aston a mi lado.

—*Si is qui siis inis criis.* —No podía evitar provocarlo.

Fui hasta donde estaban Ari y Liam, les quité el transportín de las manos y, con mucho esfuerzo, lo acerqué al gato.

—¡Ay, joder! ¡Me ha arañado! —se quejó Aston.

Se lo tenía merecido. Era un gruñón.

—No digas tacos —lo reprendió Ari.

—No seas repipi, Ariadna.

—¡No lo soy! —Se enfurruñó ella.

—¿Alguien puede ayudarme a meter al gato en la jaula? —me exasperé.

—No es una jaula —me rectificó Aston, que siempre tenía que decir la última palabra.

—Claro que sí —afirmé solo por llevarle la contraria.

—¡Voy! —Liam se puso las pilas y entre los dos consiguieron atrapar al gato y meterlo dentro mientras yo cerraba la rejilla y Ari aplaudía.

Estaba asfixiada después de la carrera, así que eché a andar hacia la playa sabiendo que los demás me seguirían.

—Dame al gato. —Aston me quitó el transportín de las manos y lo llevó solo durante el resto del camino.

—¿Pero qué te crees, que voy a salir corriendo con él?

—Eres muy capaz de sacar fuerzas de donde sea si encuentras una buena motivación.

Puse los ojos en blanco y me tumbé en la arena. Bigotitos maulló.

—Está sediento —dijo Ari, que había cogido una tarrina del puesto de helados para darle de beber.

—Cuando estemos con la señora Davis, dejadme hablar a mí —repuso Aston.

—¿Por qué tienes que hablar tú siempre? ¡El plan ha sido mío! —protesté.

—Porque yo lo he perfeccionado.

—No puedes perfeccionar lo perfecto. —Le saqué la lengua por lo absurdo de su afirmación.

En todo caso, lo habíamos hecho entre los dos, pero eso no iba a reconocerlo en voz alta. Teníamos doce años y una imaginación desbordante para conseguir nuestros propósitos.

—Eres un mandón, colega. —Liam le dio un codazo y se dejó caer a mi lado.

—Y vosotros, unos niñatos.

Yo empecé a mover los brazos y las piernas para crear un ángel con la arena calentita mientras los escuchaba discutir. Se podían tirar así toda la tarde.

—Solo tienes diez meses más que yo, ¡no te flipes tanto, chaval!

—Los necesarios para confirmar mi teoría de que tú eres un enano, y no solo porque seas más bajito que yo —se burló Aston.

Sabía cómo picar a su hermano, ya que Liam deseaba ser jugador de *hockey* profesional, pero aún no se había desarrollado

físicamente lo suficiente y era uno de los más delgaduchos del equipo.

—Mi cociente intelectual es mayor que el tuyo.

—Tu estupidez también.

—Parad ya, chicos —bufó Ari.

El móvil que mis padres me habían regalado por mi cumpleaños comenzó a sonar. Era mamá y necesitaba que volviera ya a casa.

—Es hora de largarse.

Me puse en pie de un salto y mi amiga me ayudó a quitarme la arena de la ropa y del pelo para que mamá no me regañara.

Volvimos andando hasta casa de nuestra vecina, la señora Davis, alternándonos para cargar con el transportín.

—¡Bigotitos! —soltó un chillido emocionado y se abrazó al gato como si le fuera la vida en ello.

Después de secuestrarlo, le habíamos sugerido que pusiera carteles con su foto, ofreciendo una recompensa a quien lo encontrara. Nosotros mismos los repartimos por toda la zona, lo que no fue demasiado inteligente —o sí, según se mire— porque se presentaron varias personas con gatos callejeros y a la señora Davis le dieron tanta pena que terminó acogiéndolos a todos.

—Muchas gracias, señora. —Aston se guardó los cien dólares prometidos en el bolsillo. Luego se giró y compartimos una mirada de complicidad mientras volvíamos a nuestras casas.

—¿Crees que podremos comprarnos una tabla con ese dinero? —le pregunté. Él compuso una expresión interesante. Le encantaba achicar los ojos cuando lo hacía y yo me burlaba de él diciéndole que pronto tendría tantas arrugas como su padre.

—Nos vemos mañana aquí a las diez y vamos a la tienda de Mike. Seguro que encontramos alguna.

—¡Bien! —exclamaron Ari y Liam al mismo tiempo.

Los tres chocamos las manos y después los puños, mientras Aston refunfuñaba fastidiado.

Era nuestro saludo secreto, pero él decía que pasaba, porque era demasiado mayor para esas tonterías. Desde que se había dado un beso con Danna estaba de un creído que, de verdad, era irritante.

¡Besar era asqueroso! Unas semanas antes Aston y yo lo habíamos probado por culpa de una apuesta, pero a los dos nos dieron mucho asco las babas del otro y ninguno de los dos habíamos querido repetir. No sabía por qué ahora le daba tanta importancia.

Primero dejamos a Ari y después me despedí de los hermanos West en la entrada de mi casa. Volvíamos juntos porque éramos vecinos, nuestras casas eran contiguas.

—Nos vemos, Mads.

—Hasta mañana, Maddie.

—Hasta mañana —contesté, pero el mañana nunca llegó. Al menos, no el que teníamos planeado.

Cuando entré en casa, mis padres me estaban esperando en el salón, sentados alrededor de unas tazas de chocolate.

Arrugué la nariz. Yo ya sabía que solo me permitían tomar chocolate cuando iban a darme una mala noticia. Como cuando mi perrito, Rex, tuvo que irse al cielo porque su mamá lo necesitaba más que yo y no podía ser egoísta. O cuando el abuelo se fue a vivir a la residencia con otros ancianos y dejamos de visitarlo con tanta frecuencia.

Me preparé mentalmente para el golpe, aunque todavía no supiera de qué se trataba. En mi cabeza empezaron a brotar un montón de posibilidades. Ninguna ni remotamente parecida a la realidad que me aguardaba.

—Madison, siéntate, tenemos que hablar.

Mamá me ofreció una taza de chocolate y yo me impregné de su aroma y lo saboreé a conciencia. Que no mencionara mi

aspecto desaliñado me daba una pista sobre la gravedad del asunto. Cuando ya tenía una buena sobredosis de azúcar en el cuerpo, fue cuando la bomba estalló.

—Vamos a mudarnos a Boston. A tu padre le han ofrecido el puesto de cirujano jefe en el Hospital General de Massachusetts —lo dijo sonriendo y no entendí por qué.

—¿No puede irse él solo? —Lo señalé y el gesto de mi padre se tornó en una mueca triste.

No es que no lo quisiera, pero pasaba demasiado tiempo fuera de casa y no había llegado a establecer un vínculo real con él. Mi madre suplía todas sus carencias y así nos iba bien. De hecho, incluso me hubiera extrañado que estuviera presente en aquella conversación si no fuera porque le afectaba directamente.

Dicen que al final nos acostumbramos a todo, aunque duela: a vivir sin papá, sin Rex o sin el abuelo. Simplemente, a vivir. Y supuse que sería aún más fácil no echar de menos esa parte que faltaba si nunca la había tenido realmente.

—No podemos dejarlo solo. La familia debe permanecer unida, lo sabes, ¿verdad?

Asentí sin saber que aquellas palabras volarían con el viento, muy lejos de allí, igual que hicimos nosotros una semana después.

Aston dejó de hablarme en cuanto supo la noticia, así que solo pude despedirme de Liam y de Ari. Les juré que mantendríamos el contacto. A ellos dos aún no les habían comprado móviles, pero tenían mi número y podríamos hablar por el teléfono fijo, escribirnos... En cuanto supiera mi nueva dirección, se la haría llegar.

El camión que se encargaba de la mudanza metió toda nuestra vida en unas cajas y nosotros fuimos detrás. Me monté en el asiento trasero del coche y miré por la ventanilla.

Dejaba mi casa, mis amigos, mi familia. Y en ese momento, aunque ni siquiera estaba segura de lo que significaba, supe que

nada volvería a ser igual. El alcance que tendría aquella decisión provocaría un efecto dominó que afectaría a todas las personas que me importaban de Santa Mónica. Y a él. Pero yo no lo sabría hasta muchos años después.

- 1 -



Million Pieces

ASTON



Septiembre de 2022

Contemplo el mar infinito tumbado encima de la tabla de surf y dejo que las diminutas olas mezan mi cuerpo en un vaivén relajado. Si tengo suerte, la sensación de paz y tranquilidad que se respira en el ambiente me acompañará durante el resto del día.

El sol comienza a salir por el horizonte y acaricia mi piel. Aún no hay nadie en la playa a esta hora, aunque ya puedo escuchar a lo lejos el ruido de los comercios del muelle abriendo sus puertas.

Pronto yo también tendré que irme a la cafetería. Trabajo allí todos los veranos y tres tardes a la semana durante el curso. Es una forma de ayudar a mi abuela con los gastos, ya que su pensión no es suficiente para mantenernos a los tres y pagar las facturas.

Mi padre se encargó de pulirse todos los ahorros que teníamos, así que ahora solo nos queda sacarnos las castañas del fuego o hundirnos con él.

Mi hermano da clases de surf a los pequeños. Se le da muy bien enseñar e incluso en invierno hay una gran demanda de críos que quieren aprender a coger olas.

Ari, él y yo aprendimos juntos. Fue el deporte que nos unió más aún de lo que ya lo estábamos y que nos hizo prácticamente inseparables. Me llevo tan solo diez meses con mi hermano, así que siempre hemos estado en las mismas clases y compartimos el mismo grupo de amigos.

Yo amo el surf, por eso quiero guardarlo para mí, reservarme esos momentos de paz, de calma en la tormenta. Que siga siendo mi refugio, el sitio al que acudir cuando todo lo demás me falla. En cambio, para Liam es solo un pasatiempo. Su auténtica pasión es el *hockey* y se está esforzando muchísimo para conseguir ir a la Universidad Estatal de San José el año que viene con una beca deportiva para jugar con los Sharks. De momento ocupa la posición de delantero en el instituto y está muy bien considerado por su equipo, así que ya ha conseguido parte de su sueño. Lo único que necesita es que los ojeadores se fijen en él.

Yo aún no tengo ni idea de lo que voy a hacer con mi vida. Me gusta escribir, así que redacto algún reportaje o cubro alguna noticia para el periódico del instituto de vez en cuando y probablemente iré a la Universidad del Sur de California para estudiar Periodismo. Supongo que ese es el camino lógico.

Ambos nos quedaremos cerca de la abuela y, en cierto modo, también cerca el uno del otro, pues será la primera vez que nuestros caminos se separen en diecisiete años y ninguno de los dos va a llevarlo bien, aunque tampoco ninguno lo diga en voz alta.

Salgo del agua y ando los veinticinco metros de arena que separan mi casa del mar, secándome el cuerpo con la cálida brisa del verano.

Encuentro a mi abuela en la cocina, haciéndonos el desayuno. No regaño casi nunca a esta mujer, cualquiera le lleva la contraria, pero este tema suele ser motivo de discusión. Siempre le digo que no hace falta que nos lo prepare, que tenemos dos manos, y ella me contesta que la hace sentirse útil, a lo que yo contraataco con que para mí jamás dejará de serlo porque la necesitaré toda mi vida, por muy mayor que me haga.

—Buenos días, mi niño. —Sus ojos me sonríen cuando le doy un beso en la cabeza.

—Buenos días, abuela. Cada día estás más guapa.

Hace un mohín siempre que le dedico algún cumplido y es un gesto que me resulta encantador viniendo de ella.

—Anda, siéntate, adulador. Voy a hacer las tostadas.

Recreo el saludo militar y la ayudo a terminar de poner la mesa. Gracias a ella, mi hermano y yo hemos crecido como personas independientes. Nos ha enseñado a poner una lavadora, a limpiar, incluso a cocinar algunos platos básicos para no morirnos de hambre y otros más elaborados para «pretender a las chicas».

—Voy a darme una ducha antes, que empiezo el turno en una hora.

—Trabajas demasiado para ser tan joven.

Su mueca de disgusto me encoge el corazón. Tiene sesenta y ocho años. Es una mujer fuerte, que ha tenido que sacar adelante sola a dos nietos rebeldes y que ha pasado por varias situaciones desgarradoras, que la han convertido en la persona que es ahora. Situaciones que también nos han influido a nosotros irremediabilmente.

—Tú ya trabajabas a mi edad.

Hace un gesto con la mano, como restando importancia a mi comentario.

—Eran otros tiempos. Yo he luchado para que tú no tuvieras que hacerlo, y ahora, míranos —se queja con la frente fruncida.

Cada surco de su piel es una experiencia que contar y a mí me encanta escucharlas todas. Incluso las más duras, que ella se empeña en dulcificar como si se tratara de un cuento de dragones, príncipes que pueden con todo y princesas que se salvan solas.

—Ahora vuelvo. No te pongas con las tostadas todavía, que se enfrían. —Le ofrezco mi mejor sonrisa, esa que sé que saca la suya, y voy hasta la ducha.

Dejo que el agua caliente corra por mi cuerpo. Me encanta recrearme en esa sensación reconfortante que me traspasa la piel,

aunque solo dure cinco minutos. Luego me visto y voy a despertar a Liam. Es tan dormilón que suele ser el último en levantarse.

La habitación está en penumbra y huele a alcohol. Subo la persiana y me lo encuentro espantado sobre el colchón, boca abajo y con un hilillo de baba impregnando la almohada.

—¡Arriba, enano! —Tiro de las sábanas y él gruñe dándose la vuelta y tapándose la cara con el antebrazo.

—¡Déjame en paz! Todavía no son ni las ocho.

—Entras a trabajar a las ocho y tu abuela ya te ha hecho el desayuno, así que espabila —lo increpo y no tengo más remedio que reírme por su mueca de fastidio.

Anoche salió con los chicos del equipo y debe de tener una resaca de la leche.

Desayunamos en la mesa de la cocina, con un gran café y unas tostadas. Ya casi estoy levantándome para irme cuando mi hermano hace su aparición, enfundado en un traje de neopreno hasta la cintura y con el torso desnudo. Tenemos el muelle tan cerca que no merece la pena ponerse otra ropa para el camino. Su pelo, rubio por el sol y tan igual al mío, está despeinado. Y sé que ha tardado más en arreglarse porque se tira cantidades ingentes de tiempo colocándose el cabello de esa forma estudiada.

—Buenos días, abuela. —Le llena la cara de besos y ella se ríe como si la estuvieran torturando con un ataque de cosquillas.

—Buenos días, tesoro. Siéntate.

—Ya no me da tiempo. Cojo el café para el camino.

—Pues llévate también alguna tostada, no te puedes pasar toda la mañana sin comer.

—Tranquila, las madres suelen traerme algún trozo de pastel o cualquier aperitivo.

Mi abuela alza una ceja experta.

—Trozo de pastel les voy a dar yo a esas descaradas.

—Anda, no refunfuñes. Me tienen muy mimado, como a ti te

gusta. —Ella farfulla alguna maldición que no alcanzo a entender mientras ambos le damos un beso en cada mejilla y nos despedimos hasta el almuerzo.

—Tienes un morro que te lo pisas —le digo cuando salimos de la casa.

—Como si a ti no te llovieran las servilletas con números de teléfono en la cafetería —se burla mi hermano.

—Bueno, pero esas chicas por lo menos tienen mi edad.

—La edad solo es un número —se defiende.

—Muy bien, *enano* —recalco la última palabra porque sé cuánto le fastidia que lo llame así desde que éramos pequeños.

—Te odio.

—Me adoras.

Ambos sonreímos.

—Nos vemos luego, As.

—Pásalo bien, Li.

Llego a La Bohème diez minutos antes de mi hora. Dejo mis cosas en el cuarto del personal y me pongo la camiseta del uniforme. Es negra y tiene el logotipo del local dibujado en el pecho.

—Ey, Jackson. ¿Cómo va la cosa? —Mi compañero, y uno de mis mejores amigos, abre a las siete y recibe a los primeros clientes de la mañana.

—Tranquila todavía. La mesa doce te busca.

Miro hacia la terraza y veo a unas chicas del instituto desayunando. Danna, Alysa y Kate son algo así como la abeja reina y sus obreras. Todas son animadoras y sé lo que se cuece en sus vestuarios porque Ari también lo es.

Resoplo y voy para allá.

—Hola, chicas. —Pongo mi mejor sonrisa, la que me asegura grandes propinas.

—Hola, Aston —me saluda Danna, batiendo las pestañas en

mi dirección. Es muy guapa y nos hemos liado unas cuantas veces, así que se puede decir que nos llevamos bien—. ¿Vas a ir el sábado a la hoguera?

Es un evento que se hace antes de empezar el último curso. Como una transición entre un año y otro. Como si, a partir de entonces, fuéramos más adultos. Es algo así como cumplir años. De los quince a los dieciséis no cambia nada. Un día tienes una edad y al día siguiente otra, pero continúas siendo el mismo de siempre.

Y, a la vez, lo cambia todo. Porque las chicas empiezan a mirarte de forma diferente, a verte con otros ojos. Les pareces más guapo, atlético o divertido, en el caso de mi hermano. Más atractivo, misterioso e inalcanzable en el mío.

—Seguramente. —Prefiero no confirmárselo porque no quiero que me espere, aunque, por supuesto, voy a ir. Me gusta una buena fiesta como al que más.

—Me encantaría verte allí. —Sonríe y yo le devuelvo el gesto, ignorando el comentario.

—¿Os traigo algo más?

—La cuenta, *porfa*. Vamos a pasar el día en la playa —deja caer—. Si tienes calor, escápate a darte un bañito con nosotras.

—Ya veremos. —Le guiño un ojo—. Que os divirtáis.

La mañana pasa rápido y continuo con mi trabajo hasta la una. Luego almuerzo con mi abuela, descanso un rato y vuelvo para el turno de la tarde, que es el más concurrido.

Hoy es día de micro abierto. El dueño quería crear un espacio seguro en el que cualquiera que tuviera algo que contar pudiera hacerlo, y resulta que a la gente le encanta subir y contar sus mierdas para que todo el mundo le aplauda.

—Empezamos ya.

Jackson anuncia al primer participante, que recita una poesía sobre unos pájaros sin alas.

El trabajo disminuye durante las actuaciones, así que me apoyo en una esquina de la barra y saco mi libreta. Mientras oigo hablar a Lindsay, una chica de tercero muy dicharachera, sobre sus sentimientos, yo derramo los míos en un papel.

Ella es poesía de la que no se habla. De la que se siente. Entra en tu mente como el aroma del Pacífico cuando te sítúas a orillas de su inmensidad gritándole: «Aquí estoy. Ven a por mí. Desbórdate». Es ese mar en el que te sumerges y del que nunca sales igual.

Ella es agua cristalina que se derrama por mi piel. Yo soy puro fuego que la quema hasta que solo quedan brasas.

A veces me gustaría ser más ella. Tener el poder para cambiar las cosas. Que me importe todo y que no me importe nada. A veces me gustaría que ella fuera más fuego. Que aun indecisa, tomara una decisión. Que esa decisión la acercara a mí.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que Jackson me da un codazo. Lo miro con mala cara, aunque él parece divertido. No es extraño que las letras me absorban o que mis pensamientos me lleven muy lejos de aquí, de esta cafetería instalada en el muelle de Santa Mónica.

—Deberías subir ahí algún día.

—Ni de coña. —Cierro la tapa de golpe.

—¿Por qué no? Tienes mucho talento.

—¿Quieres dejar de ser tan cotilla?

—Me lo pones a huevo. —Se encoge de hombros—. La mesa tres ha pedido otra ronda de batidos.

—Voy.

Dejo la libreta bajo la barra y me dispongo a preparar las bebidas.

Un par de horas después, ya casi estamos cerrando cuando mi móvil suena en el bolsillo del vaquero y lo cojo por inercia. Siempre estoy pendiente por si mi abuela necesita algo, y ella sabe que, da igual lo que estemos haciendo, si recibimos una llamada suya, la cogemos al instante. Se aprovecha de nuestra preocupación por ella, pero no podemos culparla, nos tiene totalmente encandilados.

Desbloqueo el móvil. Lo más probable es que sea un wasap, Instagram, TikTok... o una notificación de las mil aplicaciones que tengo instaladas en el teléfono, ni siquiera sé por qué.

Pero no, y eso es lo que más me jode. No el equivocarme, sino el ser incapaz de preverla después de tantos años, cuando antes era tan sencillo como respirar. Porque ella siempre ha sido sorpresa y refugio. Ella es hogar, incluso a miles de kilómetros de mí. Y, por supuesto, yo sigo siendo el gilipollas que guarda su número como si de un tesoro se tratara, aun llevando demasiados años sin utilizarlo.

Así que lo leo. No quiero, pero lo hago. Da igual. Lo leo porque no sé funcionar de otra forma que no sea por instinto. Necesito leerlo.

Es un mensaje. Tres palabras. Eso es lo único que basta para notar cómo mi corazón se desboca. Para que todo mi mundo empiece a girar de nuevo como si no se hubiera parado nunca. Para provocar un jodido terremoto que consigue hacerlo temblar desde los cimientos.

Mads: Vuelvo a casa.

